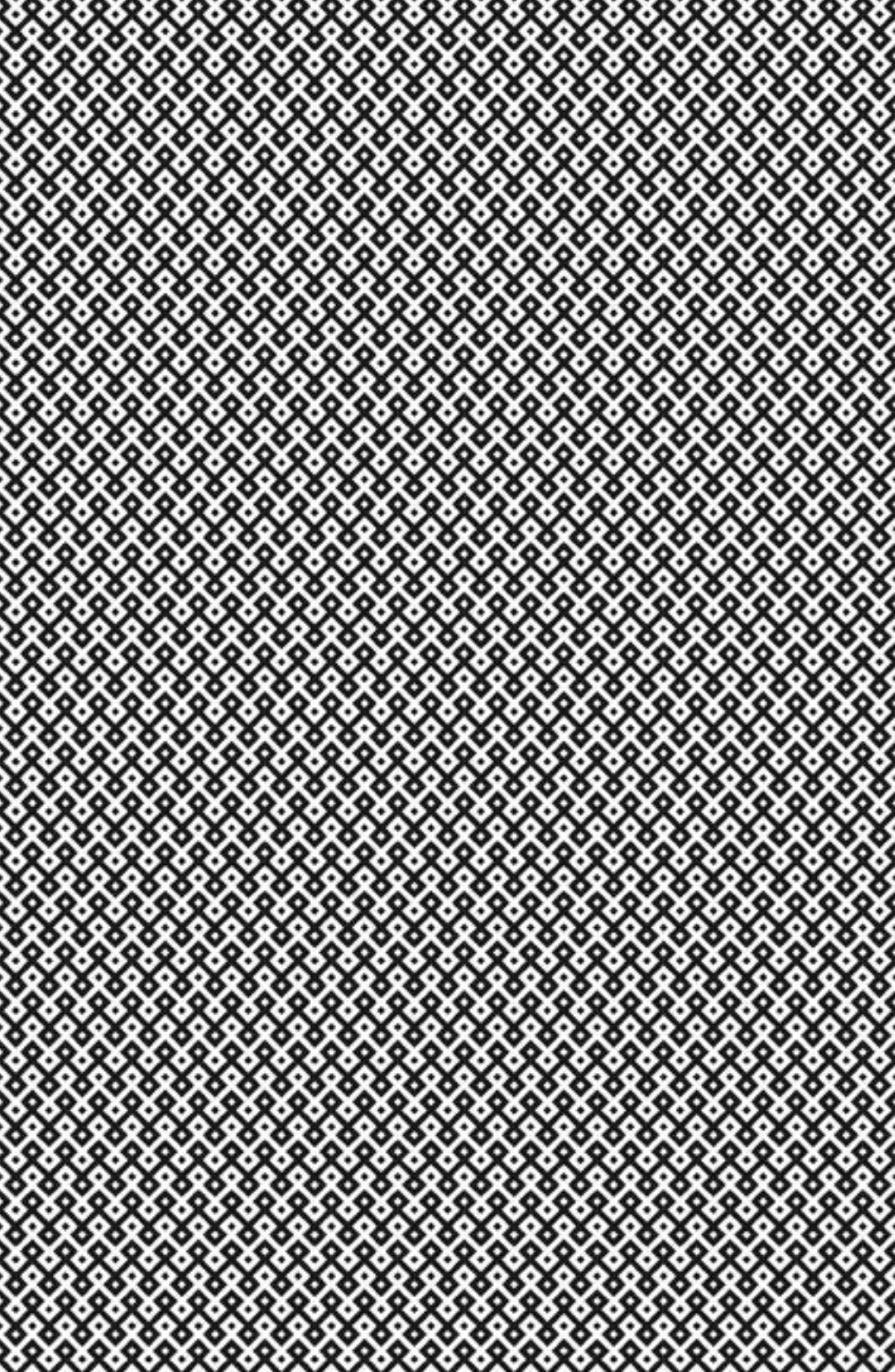




MARTINEZ





**EL
INNOMBRABLE**

Samuel
Beckett

Beckett, Samuel El innombrable / Samuel Beckett. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2016.
160 p. ; 23 x 15 cm. Traducción de: Matías Battistón.
ISBN 978-987-4086-10-5 1. Narrativa Irlandesa. 2. Novela. I. Battistón, Matías, trad. II. Título. CDD Ir823

El innombrable
Samuel Beckett

© 1953/2004, Les Éditions de Minuit
© Traducción Matías Battistón

Corrección Hernán López Winne
Ilustración Juan Pablo Martínez
Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des
Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los
Programas de ayudas a la publicación del Institut français.

Este libro fue publicado con el apoyo de Literature Ireland.



© Ediciones Godot
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2016
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)
[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

Impreso en Color EFE, Paso 192,
Avellaneda, Provincia de Buenos Aires,
República Argentina, en Noviembre de 2016

&DÓNDE AHORA? ¿CUÁNDO AHORA? ¿Quién ahora? Sin preguntármelo. Decir yo. Sin creerlo. Llamar a eso preguntas, hipótesis. Seguir avanzando, llamar a eso seguir, llamar a eso avanzar. Puede ser que un día, ahí va el primer paso, sencillamente me haya quedado ahí, dónde, en lugar de salir, según una vieja costumbre, a pasar día y noche lo más lejos posible de mi morada, no era lejos. Esto pudo haber comenzado así. No voy a hacerme más preguntas. Uno piensa que solamente está descansando, para poder actuar mejor después, o sin razón ulterior, y resulta que al poco tiempo uno se encuentra en la imposibilidad de volver a hacer nada nunca. No importa cómo pasó eso. Eso, decir eso, sin saber qué. Quizá solo haya confirmado una vieja situación. Pero no he hecho nada. Parece que hablo, no soy yo, de mí, no viene de mí. Estas pocas generalizaciones, para empezar. ¿Cómo hacer, cómo voy a hacer, qué debo hacer, en la situación en la que me encuentro, cómo proceder? Por pura aporía o por afirmaciones y negaciones anuladas a medida que se las va postulando, o tarde o temprano. Esto, de un modo general. Debe haber otras maneras. Si no, sería como para desesperar del todo. Pero es para desesperar del todo. Habría que señalar, antes de seguir adelante, de seguir avanzando, que digo aporía sin saber qué

quiere decir. ¿Acaso se puede ser efético a sabiendas? No lo sé. Los síes y los noes son otra cosa, ya me irán volviendo a medida que progrese, al igual que la manera de cagarme en ellos, tarde o temprano, como un pájaro, sin olvidar ni uno. Eso dice uno. El hecho parece ser, si es que en la situación en la que me encuentro puede hablarse de hechos, no solo que voy a tener que hablar de cosas de las que no puedo hablar, sino además, lo que es todavía más interesante, que yo, lo que es todavía más interesante, que yo, ya no sé, da igual. Sin embargo, estoy obligado a hablar. No me callaré nunca. Nunca.

No estaré solo, al principio. Lo estoy, claro. Solo. Se dice pronto. Hay que decir pronto. ¿Y cómo saberlo, en una oscuridad así? Voy a tener compañía. Para empezar. Algunos títeres. Después los suprimiré. Si puedo. ¿Y los objetos, qué actitud adoptar con los objetos? Para empezar, ¿hace falta? Qué pregunta. Pero no me engaño, son de prever. Lo mejor es no zanjar ninguna cuestión al respecto, de antemano. Si un objeto se presenta, por una razón u otra, tenerlo en cuenta. Donde hay personas, dicen, hay cosas. ¿O sea que al admitir unas hace falta admitir las otras? Veremos. Lo que hay que evitar, no sé por qué, es el espíritu sistemático. Personas con cosas, personas sin cosas, cosas sin personas, no importa, estoy seguro de que podré barrer todo eso enseguida. No veo cómo. Lo más simple sería no empezar. Pero estoy obligado a empezar. Es decir que estoy obligado a seguir. Tal vez termine agobiado, en pleno caos. Idas y venidas incesantes, atmósfera de bazar. Estoy tranquilo, vamos.

Malone está ahí. De su vivacidad mortal apenas quedan rastros. Me pasa por delante a intervalos seguramente regulares, a menos que sea yo el que pasa por delante de él. No, de una vez por todas: no me muevo más. Él pasa, inmóvil. Pero figurará poco Malone, de quien ya no cabe esperar nada. Personalmente, no tengo intenciones de aburrirme. Es al verlo

que me pregunté si proyectamos una sombra. Imposible saberlo. Me pasa cerca, a algunos pies, lentamente, siempre en el mismo sentido. Creo que es él. Me parece que ese sombrero sin ala no deja lugar a dudas. Se sostiene la mandíbula con las dos manos. Pasa sin dirigirme la palabra. Quizá no me ve. Uno de estos días voy a interpellarlo, le voy a decir, no sé, algo se me ocurrirá, cuando llegue el momento. No hay días aquí, pero estoy usando una frase hecha. Le veo desde la cabeza hasta la cintura. No pasa de la cintura, para mí. El busto está erguido. Pero no sé si él está de pie o arrodillado. Quizá esté sentado. Lo veo de perfil. A veces me digo, ¿no será más bien Molloy? Quizá sea Molloy con el sombrero de Malone puesto. Pero es más razonable suponer que es Malone, con su propio sombrero. Ajá, ahí está el primer objeto, el sombrero de Malone. No le veo más ropa. En cuanto a Molloy, tal vez no esté aquí. ¿Podría estarlo sin que yo lo sepa? El lugar es grande, seguramente. Unas luces tenues parecen indicar por momentos una especie de lejanía. A decir verdad, los creo a todos aquí, a partir de Murphy al menos, nos creo a todos aquí, pero por ahora solo he visto a Malone. Otra hipótesis: estuvieron aquí, pero ya no están. Voy a examinarla, a mi manera. ¿Hay otros fondos, más abajo? ¿A los que se llega por este? Estúpida obsesión con la profundidad. ¿Habrá para nosotros otros lugares previstos, de los cuales este en el que me encuentro, con Malone, no sería más que el nártex? Y yo que creía haber terminado con los preámbulos. No, no, nos sé a todos aquí para siempre, desde siempre.

No me haré más preguntas. ¿Este no es más bien el lugar donde uno se termina de disipar? ¿Llegará el día en que Malone deje de pasar delante de mí? ¿Llegará el día en que Malone pase delante del lugar donde yo estuve? ¿Llegará el día en que otro pase delante del lugar donde yo estuve? Carezco de opinión.

Si no fuera insensible, su barba me daría pena. Cae en dos delgadas trenzas de distinta longitud, una en cada lado del mentón. ¿Hubo una época en la que yo también daba vueltas así? No, siempre he estado sentado en el mismo lugar, con las manos sobre las rodillas, mirando hacia adelante, como un búho real en una pajarera. Las lágrimas me corren por las mejillas sin que sienta necesidad de parpadear. ¿Qué me hace llorar así? Cada tanto. Aquí no hay nada que pueda causar tristeza. Quizá se me haya licuado el cerebro. La felicidad pasada, en todo caso, se me ha borrado por completo de la memoria, si es que alguna vez existió. Si llevo a cabo otras funciones naturales, no me doy cuenta. Nada me perturba nunca. Sin embargo, estoy inquieto. Nada ha cambiado aquí desde que estoy aquí, pero no me atrevo a deducir por eso que nunca cambiará nada. Veamos un poco adónde llevan estas consideraciones. Estoy, desde que estoy, aquí, y mis apariciones en otros lados han sido ratificadas por terceros. Durante este tiempo todo ha pasado en medio de la calma más absoluta, el orden más perfecto, salvo algunas manifestaciones cuyo sentido se me escapa. No, no es que su sentido se me escape, pues el mío no se me escapa menos. Todo aquí, no, no voy a decirlo, siendo incapaz. No le debo mi existencia a nadie, estas luces no son de las que aclaran o queman. Sin ir a ninguna parte, sin venir de ninguna parte, Malone pasa. ¿De dónde me vienen estas nociones de ancestros, de casas con luces que uno enciende, al caer la noche, y tantas otras? He buscado por doquier. Y todas estas preguntas que me hago. No es con espíritu de curiosidad. No puedo callarme. No necesito saber nada de mí. Aquí está todo claro. No, no está todo claro. Pero es necesario que el discurso se realice. Así que uno inventa oscuridades. Es retórica. ¿Entonces qué tienen de raro esas luces a las que no les pido que signifiquen nada, de casi descolocado? ¿Su irregularidad, su inestabilidad,

su brillo a veces fuerte, a veces débil, pero sin exceder nunca el resplandor de una o dos velas? Malone, por su parte, aparece y desaparece con una exactitud mecánica, siempre a la misma distancia de mí, a la misma velocidad, en el mismo sentido, con la misma actitud. Pero el juego de luces es realmente imprevisible. Hay que decir que a un ojo menos avisado que el mío probablemente se le escaparían por completo. ¿Pero no se le escapan incluso al mío por momentos? Quizás sean permanentes y estén fijas, y yo las perciba de forma vacilante e intermitente. Espero tener la ocasión de retomar este tema. Pero desde ya digo, para una mayor seguridad, que espero mucho de estas luces, como, por otro lado, también de todo elemento análogo de incertidumbre verosímil, para ayudarme a seguir y eventualmente a terminar. Dicho esto, continuo, es necesario. Sí, qué estaba diciendo, del orden hasta ahora perfecto de este lugar, ¿puedo deducir que será siempre así? Evidentemente, puedo. Pero el hecho mismo de plantearme esta pregunta me deja pensativo. De nada me sirve decirme que su única función es alimentar el discurso en un momento dado, en el que corre el riesgo de desvanecerse, esta excelente explicación no me satisface. ¿Es posible que yo sea presa de una verdadera inquietud, como quién diría una necesidad de saber? No sé. Voy a probar otra cosa. Si un día interviniera un cambio, producto de un principio de desorden ya establecido aquí, o en camino, ¿entonces, qué? Esto parece depender de la naturaleza del cambio en cuestión. Pero no, aquí todo cambio sería funesto, me devolvería ipso facto a la rue de la Gaîté. Otra cosa. ¿Realmente no ha cambiado nada desde que estoy aquí? Francamente, con la mano en el corazón, esperen, que yo sepa, nada. Pero el lugar, ya lo dije, quizá sea enorme, como también podría tener apenas doce pies de diámetro. Si lo que interesa es poder reconocer sus confines, lo mismo da una cosa o la otra. Me gusta creer que ocupo el centro, pero nada es más incierto. En un sentido, mejor sería que estuviera

sentado en el borde, porque siempre miro en la misma dirección. Pero ese no es el caso, ciertamente. Porque entonces Malone, que da vueltas a mi alrededor, se saldría de los límites en cada revolución, lo que, claro está, es imposible. Pero, de hecho, ¿da vueltas realmente, o nada más me pasa por delante, en línea recta? No, da vueltas, puedo sentirlo, y a mi alrededor, como el planeta alrededor de su sol. Si hiciera ruido lo oiría sin cesar, a la derecha, a mis espaldas, a la izquierda, antes de verlo de nuevo. Pero no hace ninguno, porque no estoy sordo, de eso estoy seguro, es decir casi seguro. En fin, entre el centro y el borde está el margen, y perfectamente yo podría estar sentado en algún lugar entre los dos. También es posible, no me engaño al respecto, que yo también me vea arrastrado en un movimiento perpetuo, acompañado de Malone, como la Tierra de su luna. En ese caso me habría quejado sin razón del desorden de las luces, simple consecuencia de haberme obstinado en suponer que siempre son las mismas y que se las ve desde el mismo punto. Todo es posible, o casi. Pero lo más sencillo, la verdad, es considerar que estoy fijo y en el centro de este lugar, tenga la forma y la extensión que tenga. Esto también es lo más agradable para mí, sin duda. En suma: ningún cambio desde que estoy aquí, aparentemente; desorden de luces quizás ilusorio; todo cambio es de temer; incomprensible inquietud.

Que no estoy completamente sordo es evidente por los ruidos que me llegan. Porque si bien el silencio aquí es casi total, no lo es del todo. Recuerdo el primer ruido que oí en este lugar, lo he oído muchas veces más desde entonces. Porque debo suponer que mi estadía aquí tuvo un comienzo, no más sea para la comodidad del relato. El infierno mismo, aunque sea eterno, empezó con la rebelión de Lucifer. Me es lícito, entonces, a la luz de esta lejana analogía, crearme aquí para siempre, pero no desde siempre. Esto es algo que va a

facilitar singularmente mi exposición. La memoria, en particular, cuyo uso creía deber vedarme, dirá lo que tenga para decir, llegado el caso. He aquí, como mínimo, mil palabras que no me esperaba. Tal vez las necesite. Ahora bien, después de un período de silencio inmaculado, se oyó un grito muy débil. No sé si Malone lo habrá oído también. Me sorprendió, y esta palabra no es excesiva. Después de un silencio tan largo, un gritito, que se apagó inmediatamente. En cuanto a saber qué tipo de criatura lo soltó y lo suelta siempre, si es la misma, de tanto en tanto, imposible. No es un ser humano, en cualquier caso, no hay seres humanos aquí, o, si los hay, ya han dejado de gritar. ¿El culpable será Malone? ¿Seré yo? ¿No será un pedo, nomás? Los hay desgarradores. Manía deplorable esta de querer saber, no bien pasa algo, qué es. Si solamente no me viera obligado a manifestarme. ¿Y por qué hablar de un grito? Quizá sea alguna cosa que se parte, dos cosas que se chocan. Se oyen ruidos aquí, cada tanto, con señalar eso debería ser suficiente. El grito este, para empezar, porque fue el primero. Y otros, bastante distintos. Ya empiezo a reconocerlos. No los reconozco todos. Uno puede morirse a los setenta sin haber tenido nunca la posibilidad de admirar el cometa Halley.

Me serviría, dado que también debo atribuirme un comienzo, poder situarlo en relación con el de mi estadía. ¿Acaso esperé en algún otro lado a que este lugar estuviera listo para recibirme? ¿O es el lugar el que esperó a que yo viniera a poblarlo? Desde el punto de vista de la utilidad, la primera de estas hipótesis es, de lejos, la mejor, y tendré muchas ocasiones de invocarla. Pero ambas son desagradables. Diré, entonces, que nuestros comienzos coinciden, y que este lugar fue hecho para mí, y yo para él, en el mismo instante. Y los ruidos que todavía no reconozco son aquellos que todavía no se han hecho oír. Pero no cambiarán nada. El grito no cambió

nada, ni siquiera la primera vez. ¿Y mi sorpresa? Debía estar esperándolo.

Seguramente sería hora de que le diera un compañero a Malone. Pero primero voy a hablar de un incidente que solo se produjo una vez, hasta ahora. Estoy esperando que se repita, sin impaciencia. Dos formas, oblongas como el hombre, entraron en colisión delante de mí. Cayeron y no las volví a ver. Naturalmente, pensé en la seudopareja Mercier-Camier. La próxima vez que entren en escena, yendo lentamente una hacia la otra, sabré que van a chocarse, caer y desaparecer, y eso quizá me permita observarlas mejor. Esto no es cierto. Veo tan mal a Malone como la primera vez. Lo que pasa es que, al mirar siempre en la misma dirección, no puedo ver, no diré nítidamente, pero tan nítidamente como la visibilidad lo permite, lo que sucede directamente frente a mí, es decir, para el caso, la colisión, seguida de la caída y la desaparición. Nunca veré que se acercan, salvo confusamente, por el rabillo del ojo, y de qué ojo. Pues ellas también deben haber llegado en línea curva y, por supuesto, muy cerca de mí. Pues la visibilidad, a menos que esto se deba al estado de mi vista, solo me permite ver lo que tengo muy cerca. Añadiré que mi asiento parece algo elevado, en relación con el nivel del piso circundante, si es que se trata del piso. Tal vez sea agua, o algún otro líquido. De modo que, para ver en las mejores condiciones a este mismo tipo que pasa directamente delante de mí, debería bajar un poco la vista. Pero ya no bajo la vista. En suma: solo veo aquello que se presenta directamente delante de mí; no veo lo que se presenta muy cerca de mí; lo que veo mejor, lo veo mal.

¿Por qué me he hecho representar entre los hombres, bajo la luz? Me da la impresión de que yo no tuve nada que ver con todo esto. Pasemos a otra cosa. Todavía los veo, a

mis delegados. Me han contado cosas de los hombres, de la luz. No quise creerles. Lo que no impide que algo se me haya quedado grabado. ¿Pero dónde, cuándo, por qué medio tuve contacto con estos señores? ¿Vinieron a molestarme aquí? No, aquí nadie me molestó nunca. En otro lado, entonces. Pero nunca estuve en otro lado. Sin embargo, solo de ellos pude haber aprendido lo que sé sobre los hombres y sus modos de arreglárselas. Es poca cosa. Podría haber prescindido de eso. No digo que nunca me vaya a servir de nada. Sabré darle un uso, de ser necesario. Ya me ha pasado. Lo que me deja perplejo es deberles esos conocimientos a personas con las que no podría haberme comunicado nunca. En fin, el hecho es ese. A menos que se traten de conocimientos innatos, como los que tienen que ver con el bien y el mal. Me parece poco verosímil. ¿Puede concebirse, por ejemplo, un conocimiento innato de mi madre? Para mí, no. Son estos señores los que me hablaron de ella. Era uno de sus temas preferidos. También me pusieron al tanto de Dios. Me dijeron que era de él que yo dependía, a fin de cuentas. Lo habían oído de sus representantes en Bally no sé cuánto, lugar que, según ellos, me habría infligido la existencia. Y sosteniendo obstinadamente que era un don hermoso. Pero lo que querían hacerme tragar, sobre todo, era a mis semejantes. En eso ponían un ardor y una tenacidad increíbles. No recuerdo nada de aquellas conversaciones. No debía entender gran cosa, yo. Pero he retenido algunas descripciones a pesar mío. Me daban cursos sobre el amor, sobre la inteligencia, precioso, precioso. Todo eso debe haber pasado hace mucho. Fueron ellos también los que me enseñaron a contar, a razonar. Son cosas que me han resultado útiles en ciertas circunstancias, no voy a negarlo, circunstancias que no se habrían presentado de haberme dejado tranquilo. Las sigo usando, para rascarme. Tipos inmundos, los bolsillos llenos de venenos y cauterios. Quizá fueran cursos por correspondencia. Sin embargo, tengo la impresión

de haberlos visto. En fotos, quizá. ¿Desde hace cuánto que terminó ese lavado de cerebro? ¿Y terminó? Unas preguntas más, las últimas. ¿Es solo un respiro momentáneo? Eran cuatro o cinco los que me acosaban, con el pretexto de darme su informe. Uno en particular, llamado Basile creo, me provocaba una intensa repugnancia. Sin abrir la boca, apenas mirándome fijo con sus ojos apagados de tanto haber visto, me iba moldeando cada vez un poco más como él quería. ¿Me seguirá mirando, agazapado entre las sombras? ¿Seguirá usurpando mi nombre, el que me endosaron, en su siglo, paciente, de estación en estación? No, no, aquí estoy a salvo, entreteniéndome en adivinar quién pudo infligirme estas heridas insignificantes.

El otro viene directamente hacia mí. Hace su entrada como si atravesara tupidos velos, avanza unos pasos más, me mira, luego se retira reculando. Encorvado, parece estar cargando con dificultad objetos de un peso enorme, no sé cuáles. Lo que mejor veo de él es su sombrero. La copa está muy gastada, como una suela, y deja escapar algunas canas. Su mirada, alzada largamente en mi dirección, la siento implorante, como si pudiera hacer algo por él. Otra impresión, no menos falsa probablemente: me trae regalos y no se anima a dármelos. Se los lleva de nuevo, o los deja y desaparecen. No viene seguido, no puedo dar más precisiones, pero seguro lo hace con regularidad. Su visita nunca ha coincidido, hasta ahora, con el paso de Malone. Pero eso quizá suceda. No trastocaría necesariamente el orden que reina aquí. Porque si bien estoy en condiciones de calcular con algunas pulgadas de margen la órbita de Malone, admitiendo que pase a tres pies de mí, lo que no es seguro, apenas tengo, en cambio, una noción de lo más confusa del recorrido del otro, dada la imposibilidad en la que me encuentro, no solamente de medir el tiempo, lo que ya bastaría para impedir cualquier cálculo al respecto, sino

también de comparar sus respectivas velocidades de desplazamiento. Ignoro si alguna vez tendré la suerte de verlos juntos. Pero tiendo a pensar que sí. Porque para no verlos nunca juntos, haría falta que delante de mí Malone sucediera al otro, o lo precediera, siempre en los mismos períodos exactos. No, me equivoco. Porque el desfasaje bien puede variar (y me parece que así es) sin llegar nunca a suprimirse del todo. Ese intervalo vacilante me hace pensar, sin embargo, que mis dos fieles algún día se encontrarán, se chocarán y quizá se caigan. Dije que aquí todo se repite tarde o temprano, no, iba a decirlo, luego cambié de opinión. Pero los encuentros, ¿no son una excepción a esta regla? El único encuentro del que he sido testigo, hace mucho, todavía no volvió a suceder. Quizá fue el fin de algo. Y quizá me libre de Malone y del otro, aunque no es que me molesten, el día que los vea juntos, es decir en colisión. Lamentablemente, son los únicos que circulan por aquí. Otros vienen hacia mí, pasan delante de mí, dan vueltas a mi alrededor. Sin duda aún no los conozco a todos. No me molestan, nunca me cansaré de repetirlo. Pero a la larga esto podría volverse fastidioso. No veo cómo. Pero es una posibilidad a tener en cuenta. Uno pone en marcha las cosas sin pensar de qué manera se las va a detener después. Para hablar. Uno se pone a hablar como si pudiera detenerse con solo desearlo. Mejor así. La búsqueda de una manera de detener las cosas, de acallar su voz, es lo que permite que siga el discurso. No, no debo tratar de pensar. Es preferible decirlo, simplemente. Las cosas, las figuras, los ruidos, las luces, con que mi prisa por hablar puebla cobardemente este sitio, son algo que, de todas formas, más allá de cualquier cuestión de procedimiento, debo conseguir expulsar. Preocupación por la verdad en el frenesí por decir. De ahí el interés de una posible liberación por medio de un encuentro. Pero con calma. Primero ensuciar, después limpiar.

Y si me ocupara un poco de mí, para variar. No me quedará otra, tarde o temprano. Parece imposible, a primera vista. ¿Dejarme arrastrar, yo, en el mismo carromato que mis criaturas? ¿Decir de mí que veo esto, que siento aquello, que temo, espero, ignoro, sé? Sí, lo diré, y de mí solo. Impasible, inmóvil, mudo, sosteniéndose la mandíbula, Malone da vueltas, por siempre ajeno a mis flaquezas. Aquí tenemos a uno que no es como yo nunca sabré no ser. Por más que no me mueva, el dios es él. Y el otro. Le he atribuido ojos implorantes, ofrendas para mí, la necesidad de ayuda. No me mira, no me conoce, no le falta nada. Solo yo soy humano y todo lo demás divino.

El aire, el aire, tratemos de ver qué se puede sacar de ese viejo tema. De un gris del todo transparente en mi proximidad inmediata, se extiende por fuera de este círculo encantado en finas capas impenetrables, de un tono apenas más oscuro. ¿Soy yo el que emite esta débil claridad que me permite distinguir lo que pasa bajo mis narices? No veo de qué serviría suponerlo, por el momento. La noche más profunda a la larga se puede penetrar, hasta cierto punto, he oído decir, sin ayuda de otra luz que la del cielo ennegrecido y la misma tierra. Nada nocturno aquí. Este gris, a pesar de ser primero tenebroso y luego francamente opaco, no por eso irradia una luminosidad menos intensa. Pero, en realidad, esta pantalla contra la cual choca mi vista, sin dejar de percibir ahí el aire, ¿no será más bien el cercado, denso como la plombagina? Para aclarar esta cuestión necesitaría un palo, además de los medios para usarlo, siendo poca cosa una sin la otra, y viceversa. Necesitaría también, dicho sea de paso, participios futuros y condicionales. Entonces lo lanzaría, como una jabalina, directamente hacia adelante, y sabría si lo que me rodea tan de cerca y me impide ver es siempre el vacío, o algo sólido, según el ruido que oyera. O, sin soltarlo, para no exponerme a perderlo para siempre, lo usaría como una espada

y daría una estocada o contra el aire o contra la muralla. Pero la época de los palos ya pasó, aquí solo puedo contar estrictamente con mi cuerpo, mi cuerpo incapaz del menor movimiento y cuyos mismos ojos no pueden cerrarse como lo hacían antes, según Basile y compañía, para descansar de ver y de no poder ver o simplemente para ayudarme a dormir, ni desviarse, ni bajarse, ni elevarse al cielo, siempre abiertos, pero obligados, centrados y como platos, a mirar fijo y sin pausa el breve pasillo que tienen delante, donde no pasa nada, el 99 % del tiempo. Deben estar rojos como carbones encendidos. Me pregunto a veces si las dos retinas no estarán enfrentadas. Por lo demás, pensándolo bien, este gris es ligeramente rosado, como el plumaje de algunas aves, entre ellas, creo, la cacatúa.

Todo oscurezca, todo se aclare o todo siga gris, el gris es el que se impone, siendo lo que es, pudiendo hacer lo que puede hacer, hecho de claro y oscuro, pudiendo vaciarse de este, o de aquel, para ser solo el otro. Pero quizá del gris, en el gris, me esté haciendo ilusiones.

¿Cómo hago para escribir en estas condiciones, tomando en cuenta solo el aspecto manual de esta amarga locura? No lo sé. Podría saberlo. Pero no lo sabré. No esta vez. Soy yo el que escribe, yo el que no puede levantar la mano de mi rodilla. Soy yo el que piensa, lo justo para escribir, yo el que tiene la cabeza lejos. Soy Mateo y soy el ángel, venido antes de la cruz, antes del pecado, venido al mundo, venido aquí.

Agrego, para mayor seguridad, esto. Estas cosas que digo, que voy a decir, si puedo, no están más, o todavía, o no estuvieron nunca, o no estarán jamás, o si estuvieron, o si están, o si estarán, no estuvieron aquí, no están aquí, no estarán aquí, sino en otra parte. Pero yo estoy aquí. Estoy por ende obligado a agregar esto también. Yo que estoy aquí, que no

puedo hablar, que no puedo pensar, y que debo hablar, y por ende pensar quizá un poco, no puedo hacerlo solo en relación conmigo que estoy en este lugar, con este lugar donde estoy, pero puedo hacerlo un poco, lo suficiente, no sé cómo, no viene al caso, en relación conmigo que estuve en otra parte, que estaré en otra parte, y con esos lugares donde estuve, o estaré. Pero nunca estuve en otra parte, por incierto que sea el futuro. Y lo más sencillo es decir que lo que digo, lo que diré, si puedo, se relaciona con el lugar donde estoy, conmigo que estoy aquí, a pesar de la imposibilidad en la que me encuentro de pensar al respecto, de hablar al respecto, a causa de la necesidad en la que me encuentro de hablar al respecto, y por ende de pensar al respecto quizá un poco. Otra cosa: lo que digo, lo que diré quizá, sobre este tema, mi tema, el tema de mi morada, ya se dijo, dado que, al estar aquí desde siempre, lo sigo estando. Por fin un razonamiento que me gusta, digno de mi situación. No tengo, entonces, por qué inquietarme. Sin embargo, estoy inquieto. No estoy, entonces, encaminado al desastre, no estoy encaminado a ningún lado, mis aventuras han terminado, mis dichos han sido dichos, llamo a eso aventuras. Sin embargo, siento que no. Y mucho me temo, ya que solo pueden versar de mí y de este lugar, que esté llevándolas una vez más a su fin, hablando al respecto. Lo que no tendría ninguna consecuencia, al contrario, de no ser por la obligación en la que me encontraría, una vez libre, de empezar de nuevo, a partir de ningún lado, de nadie y de nada, para volver a caer en lo mismo, por vías nuevas, por supuesto, o por las viejas, irreconocible cada vez. De ahí cierta confusión en los exordios, el tiempo suficiente para ubicar al condenado y prepararlo para la ejecución. Pero aún espero por poder absolverme algún día, sin callarme. Y ese día, no sé por qué, podré callarme, podré llegar al fin, lo sé. Sí, he ahí la esperanza, una vez más, de no hacerme, de no perderme, de quedarme aquí, donde me dije estar desde siempre, porque

había que decir algo rápido, de terminar aquí, sería maravilloso. ¿Pero es deseable? Sí, es deseable, terminar es deseable, terminar sería maravilloso, sea quien yo sea, esté donde esté.

Espero que este preámbulo termine pronto, y dé lugar a la exposición que decidirá mi suerte. Lamentablemente, tengo miedo, como siempre, de seguir. Porque ir más lejos es irme de aquí, encontrarme, perderme, desaparecer y volver a empezar, primero siendo un desconocido, luego poco a poco el de siempre, en otro lugar, donde me diré haber estado siempre, del que no sabré nada, no podré saber nada, encontrándome en la imposibilidad de ver, de moverme, de pensar, de hablar, pero del que poco a poco, a pesar de esos impedimentos, algo sabré, lo justo para que resulte ser el mismo de siempre, el que parece hecho para mí y que no me quiere, el que parezco querer y que no quiero, es a elección, aquel del que seguramente nunca sabré si me traga o me vomita y que quizá sea solo el interior de mi cráneo distante, donde antes erraba y ahora estoy fijo, perdido en mi pequeñez, o apretujado contra las paredes, con mi cabeza, mis manos, mis pies, mi espalda, mi pecho, y murmurando siempre mis viejas historias, mi vieja historia, como si fuera la primera vez. No hay razón entonces para tener miedo. Sin embargo, tengo miedo, miedo de lo que mis palabras van a hacer conmigo, con mi escondite, una vez más. ¿Realmente no hay nada nuevo que pueda intentar? He mencionado mi esperanza, pero no es seria. ¿Y si hablara para no decir nada, pero nada de verdad? Así evitaría quizá ser roído como por una rata vieja y harta, con mi camita de dosel, una cuna, o tardaría más en ser roído, en mi vieja cuna, y los pedazos de carne arrancados tendrían tiempo para volver a unirse, como en el Cáucaso, antes de ser arrancados de nuevo. Pero parece imposible hablar para no decir nada, uno cree que lo consigue, pero siempre se olvida de algo, un pequeño sí, un pequeño no, suficiente para exterminar un regimiento de dragones. Sin embargo no desespero, esta vez,

mientras digo quién soy, dónde estoy, de no perderme, de no partir, de terminar aquí. Lo que impide el milagro es el espíritu de método, al que quizá me sometí de una manera un poco exagerada. Que Prometeo haya sido liberado veintinueve mil novecientos setenta años antes de haber purgado su pena no me afecta, claro está, ni de un modo ni del otro. Porque con ese miserable que se burló de los dioses, inventó el fuego, desnaturalizó la arcilla, domesticó al caballo y, en una palabra, obligó a la humanidad no tengo, espero, nada en común. Pero es algo que debe señalarse. En suma: ¿voy a poder hablar de mí, de este lugar, sin suprimirnos? ¿Alguna vez podré callarme? ¿Hay alguna relación entre ambas preguntas? Las incógnitas gustan. He aquí varias, quizá una sola.

Estos Murphy, Malloy y otros Malone no me engañan. Me han hecho perder el tiempo, esforzarme en vano, dejándome hablar de ellos, cuando solo hacía falta hablar de mí, para poder callarme. Pero acabo de decir que hablé de mí, que estoy hablando de mí. Me importa un cuerno lo que acabo de decir. Es ahora que voy a hablar de mí, por primera vez. Pensé que había hecho bien en sumar a estos sufridores del dolor ajeno. Me equivoqué. No han sufrido mis dolores, sus dolores no son nada al lado de los míos, nada más que una mínima parte de los míos, esa de la que me creía capaz de desprenderme, para contemplarla. Que ahora se vayan, ellos y los otros, los que me sirvieron, los que me esperan, que me devuelvan lo que les he infligido y desaparezcan, de mi vida, de mi memoria, de mis vergüenzas, de mis temores. Listo, soy el único aquí, nadie da vueltas a mi alrededor, nadie viene hacia mí, delante de mí nadie se ha encontrado con nadie. Esas personas nunca existieron. Nunca ha existido nada que no fuera yo y este vacío opaco. ¿Y los ruidos? Tampoco, está todo en silencio. ¿Y las luces, con las que tanto me había ilusionado, hace falta apagarlas? Sí, hace falta, no hay luces aquí. Ni gris,

habría que haber dicho negro. No existe nada salvo yo, de quien no sé nada, exceptuando que nunca he hablado al respecto, y este negro, del que tampoco sé nada, exceptuando que es negro, y vacío. De eso hablaré, porque tengo que hablar, hasta que ya no tenga que hablar. De eso saldrá lo que salga. ¿Y Basile y compañía? Inexistentes, inventados para explicar ya no sé qué. Ah, sí. Son todas mentiras. Dios y los hombres, el día y la naturaleza, los impulsos del corazón y el medio de comprenderlos, cosas que inventé cobardemente, sin ayuda de nadie, pues no hay nadie, para postergar el momento de hablar de mí. No volverán a aparecer.

Yo, de quien no sé nada, sé que tengo los ojos abiertos, por las lágrimas que no paran de caer. Sé que estoy sentado, con las manos sobre las rodillas, por la presión contra mis nalgas, contra las plantas de mis pies, contra mis manos, contra mis rodillas. Contra las manos son las rodillas las que presionan, contra las rodillas las manos, ¿pero qué presiona contra las nalgas, contra la planta de los pies? No lo sé. Mi espalda no está apoyada. Informo los detalles, para asegurarme de no estar acostado de espaldas, con las piernas flexionadas en el aire, los ojos cerrados. Es bueno que uno se asegure de su posición corporal desde el principio, antes de pasar a cosas más importantes. ¿Pero qué indica que yo esté mirando directamente delante de mí, como indiqué? Siento la espalda derecha, el cuello derecho y sin torsión alguna, y encima la cabeza, bien puesta, como en su palito la bola del balero. Estas comparaciones están fuera de lugar. Después está la manera de caer de las lágrimas, que me caen por toda la cara, de los ojos a la mandíbula, y hasta el cuello, como no lo harían, me parece, en una cara inclinada, en una cara dada vuelta. Pero no debo confundir tener la cabeza recta con tener recta la mirada, ni el plano vertical con el horizontal. Esta cuestión, en cualquier caso, es secundaria, porque no veo nada. ¿Estoy

vestido? Me lo he preguntado muchas veces, y después me ponía a hablar enseguida del sombrero de Malone, del abrigo de Molloy, del traje de Murphy. Si lo estoy, lo estoy apenas. Porque siento que mis lágrimas me resbalan por el pecho, por los costados, a lo largo de la espalda. Ah, sí, estoy realmente bañado en lágrimas. Se me acumulan en la barba y de ahí, cuando esta ya no las puede contener... no, no tengo barba, ni tampoco pelo, es una gran bola lisa la que cargo sobre los hombros, sin rasgos, salvo los ojos, de los cuales solo quedan las órbitas. Y sin la lejana evidencia de mis palmas, de la planta de mis pies, de las que todavía no supe deshacerme, me habría atribuido sin duda la forma, si no la consistencia, de un huevo, con dos agujeros en cualquier parte para evitar estallar. Pues la consistencia es más bien parecida a la del mucílago. Pero calma, calma, si no nunca voy a llegar. La única posibilidad vestimentaria que veo por el momento, entonces, son polainas, quizá con algunos harapos por aquí y por allá. No diré más obscenidades tampoco. ¿Por qué voy a tener un sexo, si ya no tengo nariz? Todo eso se cayó, todas las cosas que sobresalen, junto con mis ojos, mi pelo, sin dejar rastro, tan abajo, tan lejos, que no oí nada, quizá siga cayendo, mi pelo lentamente aún, como hollín, cuando se me cayeron las orejas ni lo oí. Superfluo, siempre mezquino, inventé el amor, la música, el aroma del grosellero silvestre, para evadirme. Los órganos, un afuera, son fáciles de imaginar, a los otros, a un Dios, es inevitable, uno los imagina, es fácil, eso calma lo principal, adormece, un segundo. Sí, no creí en Dios, fautor de calma, ni un segundo. Tampoco haré más pausas. ¿No puedo conservar nada entonces de todo lo que ha llevado a mis pobres pensamientos y se ha encorvado bajo mis dichos mientras yo me escondía? También voy a secar estas órbitas chorreantes, a taponarlas, listo, ya está, ya no chorrean más, soy una gran bola parlante, que habla de cosas que no existen o que quizá existan, imposible saberlo, la cuestión no es esa.

Ah, sí, cambio rápido de tema. Y después de todo, ¿por qué una bola y no otra cosa, y por qué grande? ¿Por qué no un cilindro, un cilindrito? ¿Un huevo, un huevo mediano? No, no, esa es la tontería de antes, siempre supe que era redondo, sólido y redondo, sin animarme a decirlo, sin asperezas, sin aberturas, invisible quizá, o grande como Sirio en el Can Mayor, estas expresiones no tienen sentido. Que sea redondo y duro es lo único que importa, ciertamente hay razones para esto, que sea redondo y duro, antes que de una forma irregular cualquiera y susceptible de abollarse y abultarse al azar de los choques, pero basta de razones. El resto lo dejo, como ese negro ridículo en el que creí por un instante poder bañarme con más dignidad que en el gris. Qué tramoyas, todas esas historias de claridad y oscuridad. Y cómo me dejé arrastrar por ellas. ¿Pero estoy rodando, conforme a mi naturaleza de bola, o estoy en equilibrio en algún lado, sobre uno de mis innumerables polos? Me tienta mucho intentar averiguarlo. Podrían extraerse paladas de discurso de esta preocupación en apariencia tan legítima. Pero no a cuenta mía. No, entre el derecho al silencio, el descanso vivo, y yo se extiende la misma lección de siempre, la que me sabía al dedillo pero no quise recitar, no sé por qué, por miedo al silencio quizá, o por creer que bastaba con decir cualquier cosa, y por ende preferentemente mentiras, para permanecer oculto. No importa. Pero ahora voy a recitarla, la lección, si me la acuerdo. Bajo los cielos, en los caminos, en las ciudades, en los bosques, en las habitaciones, en las montañas, en los llanos, a orillas del mar, sobre las olas, detrás de mis homúnculos, no siempre estuve triste, perdí el tiempo, renuncié a mis derechos, me esforcé en vano, olvidé mi lección. Después un pequeño infierno a mi manera, no demasiado terrible, con algunos condenados amables a quienes lanzarles mis gemidos, algo que suspira cada tanto y, a lo lejos, los destellos de la piedad en llamas, esperando la hora de promovernos a cenizas. Hablo,

hablo, porque es necesario, pero no escucho, busco mi lección, esa vida mía que antes conocía y que no quise confesar, de ahí quizá por momentos una ligera falta de limpidez. Quizá esta vuelta tampoco haga otra cosa que no sea buscar mi lección, sin poder recitarla, acompañándome siempre en una lengua que no es la mía. Pero en lugar de decir lo que cometí el error de decir, lo que no diré más, lo que quizá diría, si pudiera, ¿no sería mejor que dijera otra cosa, incluso si todavía no es lo que hace falta? Voy a tratar, voy a tratar en otro presente, incluso si no es todavía el mío, sin pausas, sin llantos, sin ojos, sin razones. Pongamos entonces que estoy fijo en el lugar, aunque eso no tenga importancia, que estoy fijo o que rodando cambio de lugar incesantemente, por los aires o en contacto con otras superficies, o que cada tanto ruedo y cada tanto me detengo, porque no siento nada, ni quietud ni cambio, nada que pueda servirme de punto de partida para formar una opinión sobre el tema, lo que no importaría demasiado si tuviera algunos conocimientos de orden general y, junto con eso, uso de la razón, pero bueno, no siento nada, no sé nada, y en lo que a pensar respecta, lo hago lo justo para no callarme, no se puede llamar a eso pensar. No pongamos nada entonces, ni que me muevo, ni que no me muevo, es más seguro, porque no tiene importancia, y pasemos a las cosas que la tienen. ¿Cuáles? Esta voz que habla, sabiéndose mentirosa, indiferente a lo que dice, demasiado vieja quizá y demasiado humillada para poder decir alguna vez, al fin, las palabras que la hagan cesar, sabiéndose inútil, vana, que no se escucha, atenta al silencio que rompe, de donde algún día quizá llegue de nuevo el largo y claro suspiro de adviento y de adiós, ¿es una voz realmente? No haré más preguntas, no hay más preguntas, no conozco ninguna más. Brota de mí, me colma, clama contra mis paredes, no es la mía, no puedo detenerla, no puedo impedir que me desgarre, que me sacuda, que me ase die. No es la mía, no tengo ninguna, no tengo voz y debo

hablar, es todo lo que sé, es a eso a lo que hay que darle vueltas, es sobre eso que hay que hablar, con esta voz que no es la mía, pero que solo puede ser la mía, porque no hay nadie más, y si hay otros, a quienes podría pertenecer, no vienen hasta mí, no diré más al respecto, no seré más claro. Me miran de lejos quizá, no veo en eso ningún inconveniente, mientras yo no los vea, como una cara entre la brasa, que saben destinada a desmoronarse, pero esto se hace demasiado largo, se hace tarde, se me cierran los ojos, mañana hay que levantarse temprano. Soy yo entonces quien habla, totalmente solo, incapaz de hacer otra cosa. No, estoy mudo. A propósito, si me callara, ¿qué me pasaría? ¿Algo peor de lo que me pasa? Pero esas siguen siendo preguntas. Es característico, eso. Desconozco las preguntas y a cada segundo me brota alguna de la boca. Creo saber qué es. Es porque el discurso no se detiene, este discurso inútil que no corre por mi cuenta, que no me deja ni una sílaba más cerca del silencio. Pero estoy prevenido, no responderé más, no seguiré simulando que busco la respuesta. Quizá me vea obligado, para no callarme, a inventar otra fantasmagoría más, con cabezas, torsos, brazos, piernas y todo lo que sigue, lanzados a través de la inmutable alternancia de sombra imperfecta y claridad dudosa, como ya me ha pasado. Pero tengo grandes esperanzas de que no. Pero siempre me queda ese recurso. Porque mientras desplegaba mis farsas, la última vez que me pasó esto, o que le pasó al otro que pasa por mí, no me distraje. Y creí oír que ellos murmuraban otro medio para resolver mis problemas, uno distinto y más agradable, y hasta pude recoger, sin dejar ni un segundo de recitar mis dijos, y se dijo, y preguntó, y respondió, ciertas fórmulas de lo más prometedoras y que, en efecto, juré poner en práctica a la primera ocasión, no bien haya terminado con mi manada de desaforados. Pero se me borró todo. Ya que es difícil hablar, incluso de cualquier modo, y prestarle atención al mismo tiempo a otra cosa, la que nos interesa de verdad, tal

como lo definió un débil murmullo, de a retazos, como disculpándose por no estar muerto. Y lo que me pareció oír entonces, relacionado con lo que tenía que hacer, que decir, para no tener que hacer nada más, decir nada más, me pareció oírlo apenas, por el ruido que yo por otra parte estaba haciendo, conforme a los términos mal entendidos de una condena oscura. Sin embargo, algunas expresiones me chocaron lo suficiente como para jurarme, sin dejar de chillar, que no las olvidaría nunca y, lo que es más, que me aseguraría de que estas engendraran otras y así, creciendo hasta convertirse en un torrente irrecusable, terminaran expulsando de mi miserable boca cualquier otro discurso, de mi boca usada en vano en vanas ficciones cualquier otro discurso que no fuera el suyo, el auténtico al fin, al fin el último. Pero me lo olvidé todo y no hice nada, a menos que esté haciendo algo en este momento, cosa que deseo con total sinceridad. Pues si una música así pudo llegarme mientras me veía enroscado en una pesada historia de moribundos que se desplazaban, se entrechocaban, se retorcían y caían en breves síncope, ¿no debería con más razón oírse ahora, cuando supuestamente no tengo que lidiar con nadie más allá de mí mismo? Pero estos siguen siendo razonamientos. Y en efecto ya estoy deslizándome, antes de haber llegado al último extremo, hacia los recursos de la fábula. ¿Y si mejor dijera babababá, hasta descubrir el verdadero uso de este órgano venerable? Basta de preguntas, de razonamientos. Sigo, después de años. Resulta entonces que me callé, que puedo callarme. Y ahora volvió el ruido ese. Todo esto no está nada claro. Digo años, aunque aquí no existan. No importa la duración. Los años son una idea de Basile. Mucho tiempo, poco tiempo, da igual. Guardé silencio, que es lo único que cuenta, si es que cuenta, ya no recuerdo si debería contar. Y ahí se me escapó de nuevo. Pero qué silencio, amigos míos, porque yo también tengo amigos en algún lado, puedo sentirlo, de a momentos, en este momento, qué

silencio, pobres amigos míos. Y en realidad guardar silencio no es todo, también hay que ver qué tipo de silencio uno guarda. Escuché. Da igual hablar, ya que estamos. Qué libertad. Paré la oreja hacia eso que debía seguir siendo mi voz, tan débil, tan lejana, que era como el mar, como la tierra, un mar calmo y lejano, moribundo... no, eso no, ni orilla, ni ribera, con el mar es suficiente, basta de guijarros y de arena, basta de tierra, del mar también. Decididamente, Basile va cobrando importancia. Mejor voy a llamarlo Mahood entonces, me gusta más así, soy raro. Él es el que me contaba historias sobre mí, vivía por mí, salía de mí, volvía hacia mí, entraba de nuevo en mí, me saturaba de historias. No sé cómo sucedía. Siempre me gustó no saber, pero Mahood me decía que no estaba bien. Él tampoco sabía nada, pero eso lo sentía como un tormento. Su voz es la que muchas veces, siempre, se mezcló con la mía, llegando incluso por momentos a cubrirla del todo, hasta el día en que me abandonó de una vez por todas, o no quiso abandonarme más, no sé. Sí, no sé si ahora está aquí o si está lejos, pero no creo estar muy equivocado si digo que no tendré que seguir padeciendo sus impertinencias. Durante sus ausencias yo trataba de recuperar la calma, de olvidar lo que me había dicho, sobre mí, sobre mis desdichas, desdichas ridículas, dolores absurdos, en vista de mi verdadera situación, palabra detestable. Pero su voz seguía hablando por él, como entretejida a la mía, impidiéndome decir quién era yo, qué era yo, para poder callarme, dejar de escuchar. Y aún hoy, para seguir hablando como él, aunque ya no me moleste, su voz sigue ahí, en la mía, pero menos, menos. Y al no seguir renovándose algún día desaparecerá, espero, de la mía, por completo. Pero para eso debo hablar, hablar. Al mismo tiempo, no me engaño, puede volver, o puede volver a irse y después volver. Entonces habría que volver a empezar todo. Entonces mi voz, la voz, diría, A ver, voy a contar una historia de Mahood, para distenderme. Sucedería así. Ella diría,

Después, más descansado, me volcaré de nuevo a la verdad con centuplicadas fuerzas. Para hacerme creer que actúo libremente. Pero no sería más mi voz, ni siquiera en parte. Ocurriría así. O la historia comenzaría muy disimuladamente, sin sentirse, como si no pasara nada, como si fuese yo en todo momento. Pero yo estaría del todo dormido, con la boca abierta, como de costumbre, me vería como de costumbre. Y de mi boca abierta, dormida, brotarían las mentiras, sobre mí. No, no dormiría, escucharía, llorando. Pero, en realidad, ¿se trata de mí en este momento? Por momentos me parece que sí. Después veo claramente que no. Estoy haciendo lo mejor que puedo, y estoy fracasando, otra vez. No me afecta en nada fracasar, me gusta mucho, solo que quisiera callarme. No como lo hice hace un segundo, para escuchar mejor, sino con calma, de un modo triunfal, sin motivos ulteriores. Esa sería la buena vida, la vida al fin. Mi boca colgando se llenaría de saliva, y como nunca tiene la suficiente, yo la dejaría brotar con deleite, babeándome de vida, terminado mi castigo, en silencio. Hablé, debo haber hablado, de una lección, tendría que haber dicho castigo, confundí castigo con lección. Sí, tengo que cumplir un castigo, antes de quedar libre, libre de mi baba, libre de callarme, de dejar de escuchar, y ya no sé cuál. Al fin algo que da una idea de mi situación. Me han asignado un castigo, quizá cuando nací, quizá para que escarmiente por haber nacido, o sin ninguna razón en especial, porque no me quieren, y ya me olvidé en qué consiste. ¿Pero me lo especificaron alguna vez? Fuerza, amigo, mucha fuerza, sin abusar, pero un poco más de fuerza todavía, esto te concierne quizá. A veces me trato de tú, si el que habla soy yo. Quizá estés por llegar al final. ¿Después de diez mil palabras? En fin, a un final, después habrá otros. Hablarme, no me hablé lo suficiente, no me escuché lo suficiente, no me respondí lo suficiente, no me consolé lo suficiente, hablé por mi amo, paré la oreja para captar las palabras de mi amo,

nunca vinieron. Está bien, mi niño, está bien, hijo mío, puedes detenerte, puedes elegir, puedes irte, estás indultado, estás absuelto, nunca vinieron. Mi amo. Esta es una veta que no hay que perder de vista. Pero por el momento me limito al -de hecho, quizá sean varios, todo un consorcio de tiranos, divididos entre ellos en lo que a mí respecta, deliberando desde hace toda una eternidad, escuchándome cada tanto, yéndose después a comer y jugar a las cartas, en secreto, a cuenta de otro, a mis espaldas, habrá que aclararlo- al castigo, al que puedo relacionar, sin mostrarme en falta, me parece, con esta lección demasiado pronto abandonada, demasiado desconsideradamente... abandonada, argumentando que si tengo un castigo que cumplir, es porque no supe recitar mi lección, y que cuando haya terminado mi castigo, todavía me faltará recitar mi lección, y que solo en ese momento tendré derecho a quedarme tranquilo en mi rincón, a babear y a vivir, con la boca cerrada, la lengua inerte, lejos de cualquier molestia, de todo ruido, con la conciencia tranquila, es decir, vacía. Pero con eso no avanzo mucho que digamos. Porque si descubriera el castigo que corresponde, a fuerza de revolver los vocablos, todavía me faltaría reconstituir la lección que corresponde, a menos que ambas cosas se confundan entre sí, lo que evidentemente tampoco es imposible. Curiosa idea, en todo caso, y muy digna de sospecha, la de tener que cumplir una tarea antes de poder estar tranquilo. Curiosa idea, tener que hablar de uno mismo. Extraña esperanza, que apunta al silencio y la paz. Como no tengo nada más que mi voz, la voz, puede parecer natural, una vez tragada la idea de obligación, que la interprete como tener que decir una cosa cualquiera. O ni eso. Al no tener manos, quizá mi deber sea aplaudir, o llamar al mozo, chocando una contra la otra, eso sería más humillante, y sin manos, bailar la carmañola. Pero primero supongamos, como para ir avanzando, después supondremos otra cosa, como para ir avanzando un poco más, que se trata

de decir otra cosa, ausente en todo lo que he dicho hasta ahora. Es una suposición defendible. Pero de ahí a creer que ese algo trate de mí, de repente me parece un poco arriesgado. ¿Y si más bien fueran alabanzas a mi amo, cantadas, para que me perdone? ¿O la confesión de que soy Mahood después de todo, y que todas esas historias de una persona cuya identidad él usurpa y cuya voz él no deja hacer oír son falsas de punta a punta? A ver, ¿y si Mahood fuera mi amo? Voy a detenerme aquí, por el momento. Son demasiadas perspectivas en muy poco tiempo. Decididamente parece imposible, a esta altura, prescindir de las preguntas, como me lo prometí. No, solo me juré no seguir haciéndolas. ¿Quién sabe? Quizá dentro de poco termine encontrando la feliz disposición que les impida de una vez por todas formularse en mí, no seamos pedantes, en mi mente. Porque lo que hago no se hace del todo sin mente. Que no sea la mía, está bien, lo acepto, pero le saco provecho, en fin, me doy aires de hacerlo. Rica materia para explotar, nutritiva, claro, para chupar hasta el tuétano, más estimulante que el diablo, apasionante en suma, de solo pensarlo me estremezco, doy mi palabra de palabrero, me estremezco y sigo de largo, tengo tiempo, me olvidé ya, claro, de lo que estaba hablando hace un segundo, algo importante, se fue, ya volverá, no me arrepiento, como nuevo, irreconocible, cuando yo esté mejor dispuesto, esperemos, para los rompecabezas de primer orden. Cuántos que somos, de un tiempo a esta parte. Abrevio. El amo. Lo he ignorado bastante, en exceso. Basta de quizás, también. Es un recurso muy gastado. Voy a prohibirme todo, aunque después ni lo tenga en cuenta. El amo. Alguna que otra alusión aquí y allá, como a un sátrapa, para que me tengan lástima. Me vistieron y me dieron dinero, ese tipo de cosas, al pasar. Después nada más. O el patrón de Moran, me olvidé el nombre. Ah sí, ciertas cosas, que yo inventé, creyendo obrar bien, lleno de dudas, afónico de cansancio, las recuerdo, no siempre las mismas.